

El pensamiento identitario

Thoughts on Identity

Hugo E. BIAGINI

Universidad de La Plata y Universidad de Belgrano, Argentina.

RESUMEN

El análisis, investigación e interpretación sobre el concepto de identidad, en la América Latina, está muy lejos de haberse agotado. En este artículo se presenta un esbozo de las nuevas propuestas que se están tejiendo sobre tan importante tema. Así, el nuevo pensamiento identitario se encuentra orientado “hacia una aprehensión de la realidad con su cúmulo de contradicciones; la idea de *unidad en la diversidad* más allá de barreras étnicas, geográficas o sociales; un requerimiento de *autoafirmación* mensurable desde instancias como la coparticipación en el poder y la riqueza; el impulso hacia un activo proceso de *humanización y democratización* tendiente a estimular el afianzamiento individual y comunitario; la propensión a estimular el intercambio y a los trasvasamientos culturales”

Palabras clave: Pensamiento identitario, América Latina, cultura, diversidad.

ABSTRACT

The analysis, research and interpretation of the concept of identity in Latin America is far from over. In this article an outline of new proposals that are being formulated in relation to this important theme is presented. Also new thoughts on identity are found to be “oriented towards an understanding of reality with its numerous contradictions; the idea of unity in diversity beyond ethnic, geographic or social barriers; the requirement for self-affirmation measured through co-participation in power and wealth; a movement towards an active process of humanization and democracy with tendencies towards individual and community stimulation; the tendency towards stimulating cultural exchange and trans-culturalization”.

Key words: Thoughts on identity, Latin America, culture, diversity.

Uno de los grandes tópicos en el cual se bifurcan la tradición filosófica occidental y el rumbo que ha ido adoptando el pensamiento latinoamericano gira en torno al concepto de identidad. En el primer caso, este concepto se vincula estrechamente a la idea de igualdad, tanto desde el punto de vista de la ontología y la metafísica, todo ente es igual a sí mismo como de la lógica proposicional –si p, entonces p, lo cual se ha hecho extensivo al dominio psicológico con la noción de sujeto autónomo que resulta a su vez compartida por la cosmovisión liberal. En líneas generales, cabe sostener que la filosofía moderna ha pasado por alto el rol que desempeñan los componentes sociales en la elaboración de la identidad individual y comunitaria.

Más allá de las numerosas derivaciones que ha jugado en la meditación filosófica latinoamericana semejante noción fijista de identidad para caracterizar desde el ser al pueblo y al hombre de nuestro continente, en las últimas décadas se produce en el mismo terreno una significativa reversión hermenéutica que ha quedado al margen tanto de los repertorios especializados como de los estudios panorámicos mundiales. No sólo suelen omitir dicha innovación conceptual las obras de referencia actuales de orientación universalista, por ejemplo, Edgar y Sedwick¹ sino hasta un diccionario abierto a nuestra problemática como el de Ferrater Mora². Acusan en cambio mayor recibo de la cuestión identitaria otras aportaciones globales de corte local: Di Tella³ (1989), González Álvarez⁴, Salas⁵. Dado esa relativa orfandad temática que guarda un asunto de tanta magnitud especulativa y existencial, se procura ofrecer aquí un muestrario donde aparecen sistematizados distintos abordajes que desde 1980 se han efectuado en nuestro medio sobre el particular, incluyendo por último mi propia visión *ad hoc*.

Obviando sus limitaciones metodológicas, sus condicionamientos ideológicos y sus contradicciones teórico-prácticas, la preocupación por establecer la mismidad americana comienza a bosquejarse con las revoluciones de la independencia y los movimientos insurreccionales que las precedieron. Las ideas de la Ilustración apuntaron a interrogarse por los atributos propios y originales concernientes a las poblaciones de nuestro territorio. Con la generación de 1837 los ingredientes románticos e historicistas reforzarían el mentado americanismo, tras la búsqueda explícita de una emancipación mental y cultural. Las vertientes positivistas y la multifacética reacción en su contra pretendieron desentrañar los resortes raciales, las disposiciones anímicas, el sentimiento territorial, la fuerza telúrica o el alma nacional.

PANORAMAS RECIENTES

El primer trabajo de la serie acotada⁶, embiste la óptica esencialista y plantea la falta de rasgos nucleares compartidos en América Latina, cuya identidad, además de constituir

- 1 Edgar, A. y Sedwick (1999): *Key Concepts in Cultural Theory*. Londres, Routledge.
- 2 Ferrater Mora, J. (1994): *Diccionario de Filosofía*. Barcelona, Ariel. González Álvarez, L. J Coord. (1994): *Diccionario de filosofía*. Bogota, El Búho.
- 3 Di Tella, T. (superv.) (1989): *Diccionario de ciencias sociales y políticas*. B. Aires, Puntosur. 2ª ed. aum., Buenos Aires, Emecé, 2001.
- 4 Álvarez, S. (1873): *Credo de una religión nueva*. Madrid, Impr. de M.G. Hernández.
- 5 Salas, R. Dir., (1997-1998): "Antología del Pensamiento Latinoamericano", *Boletín de Filosofía*, 9. Santiago de Chile.
- 6 Sambarino, M. (1980): *Identidad, tradición, modernidad*. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos.

una categoría sujeta a múltiples fluctuaciones temporales, ha sido empleada equívocamente: como explicativa de la facticidad y como poseyendo funciones normativas que impulsan la acción. No hay una identidad global de Latinoamérica y mucho menos una identidad cultural afín con el Tercer Mundo –como se había supuesto en los sesenta. Se adolece asimismo de correlatos estatales y de unidad territorial. Tampoco puede hablarse de una nacionalidad moral común cuando ella sólo resulta concebible para una ínfima parte de la población latinoamericana. Estamos ante un encuadre antisustancialista –no sólo para referirse a una entidad latinoamericana en general como para cada una las naciones singulares– que descrea de la psicología de los pueblos y los tipos regionales. Análogamente y extremando las consecuencias, investigadores como Brubaker y Cooper⁷ están postulando el abandono liso y llano del término identidad en las ciencias humanas y en el análisis social por adjudicarle un alto monto de ambigüedad.

Los restantes enfoques examinados, aunque mantienen sus reservas, no llegan al punto de considerar como exenta de rigor la problemática identitaria y arriesgan distintos señalamientos característicos. Cuestionando las versiones europeístas y la concepción ontológica del americanismo, junto a sus elementos reaccionarios, el ensayista venezolano Ángel Lombardi⁸ recuperó sin ambages a la identidad. Pese a constituir esta última un limitado recurso teórico, opera como nuestra clave cultural dentro de una constante evolutiva signada por las contiendas populares en pos de libertad a través de varias etapas históricas específicas y sus coordinadas intelectuales. A título de balance, Lombardi enaltece la figura de Manuel Ugarte como aquél que, además de ofrecer un megaproyecto político concreto desarrollar un gran mercado económico frente al colonialismo anglosajón, supo aunar nacionalismo con latinoamericanismo y antiimperialismo con socialismo.

Dos mexicanos, el antropólogo Guillermo Bonfil⁹ y el filósofo Leopoldo Zea¹⁰, también han incursionado por el asunto en cuestión. El primero no sólo enfatizó el salto civilizatorio americano con respecto a Occidente sino que ha acentuado las milenarias diferencias étnicas y culturales de nuestros indígenas, resaltando las hondas desigualdades inherentes a los sistemas sociales y económicos con sus relaciones asimétricas de dominación/subordinación. Por otra parte, en el dilatado corpus de Leopoldo Zea la identidad, entendida como aptitud para reconocer aquello que es típicamente humano, ocupa un papel central, en tanto representa una necesidad ineludible, una íntima pertenencia, posesión como la de la sombra para el cuerpo, mientras permite tomar distancia frente a los prejuicios y maquinaciones planetarias. Se formula así un interjuego entre diversidad e igualdad: todos los hombres y pueblos son iguales por el hecho de ser distintos; por contar con una personalidad y una individualidad singulares. Nos hallamos ante seres humanos concretos que luchan por hacer patente su identidad, por intervenir como pares junto a los demás. Se afirma la igualdad a partir de las filiaciones peculiares y sin desmedro del entendimiento mutuo.

- 7 Brubaker, R.-Cooper, F (2001): "Más allá de identidad", *Apuntes de Investigación del CECYP*, 7, pp. 30-67.
- 8 Lombardi, A (1989): *Sobre la unidad y la identidad latinoamericana*. Caracas, Academia Nacional de la Historia.
- 9 Bonfil, G (1992): *Identidad y pluralismo cultural en América Latina*. B. Aires, CEHASS/Edit. Universidad Puerto Rico.
- 10 Zea, L (1990): *Descubrimiento e identidad latinoamericana*. México, UNAM. *Ibid* (1990): *Discurso desde la marginación y la barbarie*. México, F.C.E.

Fernando Ainsa¹¹ despliega toda su versatilidad e inyectiva en torno al rostro ambivalente de una América de extramuros y otra América remisa a los ascendientes foráneos, mientras admite la perspectiva de una validez universal que no se pliega forzosamente a los cánones occidentales. Ainsa se hace cargo del tenso equilibrio existente entre la imagen propia y la ajena, entre el polo de la mundialización y el regionalismo, entre las fuerzas endógenas o nacionalistas y las centrífugas o importadas. Dentro de ese movimiento antagónico, la síntesis de nuestra identidad cultural se ha plasmado mejor en el ámbito literario que en el ideológico. No obstante, la obsesión por la especificidad de lo americano falsifica a veces su verdadera naturaleza cuando para resaltarla se levantan muros folklóricos, habiéndose cuenta que la situación presente tiende a fomentar la multiculturalidad y la interculturalidad, delineándose una cartografía de las pertenencias identitarias que rompe diversas ataduras y asume la marginalidad de los migrantes, los exiliados, los desocupados y las minorías que forman el variado mosaico civilizatorio americano. El planteo de Ainsa cuenta con ilustres ascendientes dentro del ideario socialista, durante la globalización decimonónica, como lo enunciara v. gr. el republicano español Seraffín Álvarez: “La patria no es el suelo en que hemos nacido ni el horizonte que primeramente dibujó nuestra mirada [...] es toda la superficie de la tierra en que se respeta al hombre”¹² (*Credo*, pp. 216, 218).

Desde Centroamérica, el pensador nicaragüense Alejandro Serrano¹³, sin dejar de advertir las rupturas e inconsecuencias denotadas por la cultura continental, ha hecho hincapié en el proceso identitario presente en nuestras artes y en nuestra reflexión crítica. A diferencia de estas expresiones distintivas, Serrano alega que el ámbito jurídico y sociopolítico reproduce formas y modelos extraños que, ya desde los mismos tiempos de la Independencia, no responden a las expectativas e intereses generales, produciéndose un hiato entre las leyes y la realidad, entre una marcha institucional orientada por principios de avanzada y el devenir económico sujeto a recetas premodernas como las que imparte el Fondo Monetario o el Banco Mundial. Ello resulta más agravante si se concibe la afirmación de la identidad no sólo como un bucear en las raíces pasadas sino sobre todo como desafío para la supervivencia de los pueblos y las culturas. Se proponen alternativas valederas: elaborar nuevas herramientas ético-políticas, favorecer alianzas nacionales e internacionales de los nuevos agentes societarios, lanzar estrategias para el desarrollo y la educación, fortalecer la sociedad civil y crear una conciencia colectiva identitaria que no abrevie únicamente en la música popular. En suma, se alienta la articulación de un Acuerdo o Proyecto Nacional en cada país para inducir a la democracia social y a la autonomía regional.

Una serie de trabajos han visto la luz en suelo chileno. En un texto pionero, donde se aduce que América Latina le aporta a la filosofía una nueva manera de reflexionar, Mario Berríos¹⁴ enfocó a la identidad centrándola en el rescate de las peculiaridades frente a lo universal, en tanto reivindicación del mundo particular ante otro que aparece como el único

11 Ainsa, F (1986): *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid, Gredos. Ibid (1999): *La reconstrucción de la utopía*. B. Aires, Edics. del Sol. Ibid (1992): “América Latina más allá de sus antinomias”, *Cuadernos Americanos*, n.º. 32, pp. 33-48. Ibid (1997): “El desafío de la identidad múltiple en la sociedad globalizada”, *ibidem*, n.º. 63, pp. 60-78.

12 Álvarez, S (1873): Op. cit. Pp. 216-218.

13 Serrano Caldera, A (1998): *La unidad en la diversidad*. Managua, Edics. Progreso.

14 Berríos, M (1988): *Identidad-Origen-Modelos*. Santiago de Chile, Instituto Profesional de Santiago.

legitimable, en definitiva como reconocimiento de la alteridad. Vergara y Larrain¹⁵ han procurado desmenuzar las identidades en toda su complejidad: desde las nuevas a las tradicionales, las macro o las micro, las globales o sectoriales junto a sus variantes sin descartar las identidades deportivas. Según ellos, la preocupación identitaria no ha registrado siempre la misma importancia en Latinoamérica sino que se ha ido acentuando en épocas de grandes crisis. Tampoco se traza una línea abismal entre lo propio como algo a preservar y lo extraño como lo enajenante, tal el caso de la lengua que, oriunda de extramuros, terminó por ser reapropiada. La misma modernidad sigue distintas rutas: en nuestra América recién se inicia a comienzos del XIX, tras la cerrazón de España y Portugal. Modernidad e identidad no son excluyentes para ambos autores, quienes intentan desmantelar tanto las concepciones identitarias hispanófilas e indianas como las que preconizan una búsqueda perpetua. Se trata de una ímproba tarea dada la fuerte impregnación que han ejercido en nuestro medio el catolicismo y la metafísica europea —en detrimento del empirismo, la dialéctica y el historicismo con su obsesión por dar con referentes culturales estables. De allí las actitudes monistas en pos de una identidad primordial, el rechazo al pluralismo y las sobresimplificaciones que han pululado en nuestras sociedades.

Bajo una atmósfera minimalista —de recortes fiscales, sociales y doctrinarios— nos sale al cruce un generoso volumen de Eduardo Devés¹⁶ que no se reduce a desplegar el denso cuadro de nuestra historia intelectual durante la última centuria sino que establece además una *Weltanschauung* sobre el devenir del pensamiento latinoamericano. Tal desenvolvimiento se visualiza en términos de tensiones-conciliaciones y ciclos espiralados en torno a un eje tan relevante como el de la modernización y la identidad junto a sus equivalentes conceptuales: nivelación-diferenciación, homogeneización-originalidad, apertura-autoc-tonía; un proceso de oposiciones y síntesis entre tendencias asimilativas, productivistas o pragmáticas, por una parte, e inflexiones que defienden valores humanitarios, estéticos e igualitaristas, por el otro lado. En el terreno hermenéutico se intenta soslayar el esquematismo y los encasillamientos —del tenor o reaccionarios o progresistas—, desestimándose el carácter omnicompreensivo del binomio escogido en tanto tendencia dominante: modernización-identidad. Al decurso epocal Devés le adjudica los siguientes rasgos fundamentales: “El pensamiento latinoamericano se ha estructurado sobre la base de la fascinación y el rechazo respecto de los modelos provenientes de los países más poderosos [...] ‘Fascinación’ ha querido decir ‘modernización’, siguiendo los patrones señalados, copiándolos o imitándolos; ‘rechazo’ ha sido reivindicación de una identidad (pretérita y/o futura) diferente”¹⁷. Por lo demás, se procura constatar el hecho de que, mientras el ensayismo, la filosofía latinoamericana, la crítica literaria y las humanidades en general han estado vinculados con el polo identitario, concientizante y existencial, las ciencias sociales en cambio han tenido que ver con el polo eficientista y modernizador.

15 Larrain, J. y Vergara, J (1998): *Identidad cultural y crisis de modernidad en América Latina*. Santiago de Chile, (informe académico).

16 Devés, E (2000): *Del Ariel de Rodó a la CEPAL*. Buenos Aires, Biblos/Centro Investigaciones Diego Barros Arana.

17 *Ibid.*, p. 308.

AUTOPERCEPCIÓN

En estos tiempos globalizados, con crisis de sustancialismos y paradigmas, uno de los mayores desafíos vigentes se vincula con el dilema identitario, tan arraigado en la cultura y en la filosofía latinoamericanas¹⁸. Sin embargo, más allá de los legítimos intentos por aproximarnos a nuestro perfil distintivo, corresponde eludir inveteradas expresiones como las de ser nacional o espíritu del pueblo –no sólo por su vaguedad sino también por el lastre metafísico y manipulatorio que ha conllevado la atribución de caracteres esenciales a los sujetos colectivos. Tampoco cabe admitir ya ciertas versiones antropológicas que se han referido a la aculturación como el impacto arrollador ejercido por una sociedad mentadamente evolucionada sobre otra de menor complejidad y pujanza. Ambas categorizaciones, pese a haber adoptado un ropaje apolítico, poseen componentes elitistas o etnocéntricos que han contribuido frecuentemente a justificar los tutelajes y la inmovilidad, elevando al paroxismo ora los valores regionales ora la impronta cosmopolita. Tales concepciones entran en crisis con los planteamientos identitarios que fueron formulándose antes de la mundialización financiera, antes de la llamada revolución conservadora de los '80 e incluso antes de la implantación del neoliberalismo y de la posmodernidad; planteamientos discordantes cuya irrupción puede ser datada a partir de los conatos liberadores y de descolonización que suceden a la Segunda Guerra Mundial.

Es entonces cuando empieza a plasmarse la nueva noción de identidad que, lejos de constituir un seudoproblema como aseguran algunos mirajes escépticos, en su sentido positivo remite a los siguientes aspectos:

- una aprehensión de la realidad con su cúmulo de contradicciones;
- la idea de *unidad en la diversidad* más allá de barreras étnicas, geográficas o sociales;
- un requerimiento de *autoafirmación* mensurable desde instancias como la coparticipación en el poder y la riqueza;
- el impulso hacia un activo proceso de *humanización y democratización* tendiente a estimular el afianzamiento individual y comunitario;
- la propensión al intercambio y a los trasvasamientos culturales.

Además de implicar un reconocimiento de la mismidad y la alteridad, de la tradición y la continuidad junto con la ruptura y el cambio, la visión renovadora sobre la identidad apunta a la introducción de mejoras graduales o estructurales en las condiciones de vida. Involucra una síntesis dialéctica que procura superar los planteos discriminatorios tanto del populismo fundamentalista –que presupone la existencia de masas o culturas vernáculas homogéneas y desalineadas– como de la ciega adscripción a los modelos exógenos del progreso perpetuo y la modernización conservadora. En definitiva, representa un enfoque acerca de la identidad como al conjunto de ideales reguladores y directrices que emanan de una intrincada construcción histórica. Bajo tales lineamientos, la dinámica identitaria cabe ser asociada con la función utópica, en tanto ambas simbolizan aspiraciones para transfor-

18 Biagini, H. E. (1989): *Filosofía americana e identidad*. B. Aires, EUDEBA, 1989. Ibid (1996): *Fines de siglo, fin de milenio*. B. Aires, UNESCO/Alianza; Ibid (2000): *Entre la identidad y la globalización*. Buenos Aires, Leviatán.

mar el orden dominante y erigirse en un magno proyecto civilizatorio, por su alto grado de universalidad.

La génesis de esas formas identitarias alternativas en nuestra América ha contado con diversas manifestaciones: desde los emprendimientos insurgentes previos a la gesta emancipadora y la prédica bolivariana para asumirnos como un subgénero humano hasta los empeños finiseculares para distanciarnos de las potencias opresivas; empeños retomados ulteriormente por las vanguardias artísticas, por algunas corrientes tercermundistas y por la filosofía intercultural. Tales exigencias han sido resignificadas con los frentes populares, las propuestas innovadoras de integración supranacional y los movimientos cívicos emergentes que desde distintos sectores pugnan por lograr una tierra más habitable. Entre esas agrupaciones autogestionarias se encuentran aquellas más tradicionales como el sindicalismo independiente, las organizaciones estudiantiles y las entidades cooperativas junto con los nucleamientos feministas o de género, étnicos, campesinos, ecológicos, pacifistas, de derechos humanos, las ONGs, las PYMES, los músicos contestatarios, las asociaciones de consumidores y hasta de niños de la calle, las comunidades eclesiales de base, los partidos políticos menos dispuestos a pactar con el privilegio y tantos otros actores sociales que, herederos del espíritu libertario del '68, han convertido las reclamaciones identitarias en un asunto plenamente vital que sobrepasa con holgura los abordajes de la *intelligentzia* donde parecía centrarse toda la cuestión. Primordialmente, las identidades se definen como fluctuantes y contextuales, exhibiendo un cariz valioso o derivaciones distorsionantes y autoritarias –como acontece en algunas modalidades de la negritud o del poder juvenil que, si bien surgen genuinamente para oponerse al sojuzgamiento racial o etario, a veces se petrifican y suelen llevar a la satanización del hombre blanco, los adultos o los ancianos.

Las demandas populares por mayor justicia y las organizaciones civiles en su demanda de peculiaridad –idiomática, religiosa, ambiental, etc.– trascienden la búsqueda propia de acreditación para inclinarse hacia una concepción más abarcativa que, además de reflejar reivindicaciones parciales, genere un pensamiento principista frente a sistemas profundamente inequitativos. De allí que se trate de complementar la aceptación de las diferencias y el aporte de los movimientos sociales con un rescate crítico de las grandes causas que han permitido figurarnos o acceder a un mundo para todo el mundo en este mundo, según concluimos en nuestra declaración del *IV Encuentro del Corredor de las Ideas del Cono Sur* lanzada en territorio paraguayo (julio 2001).